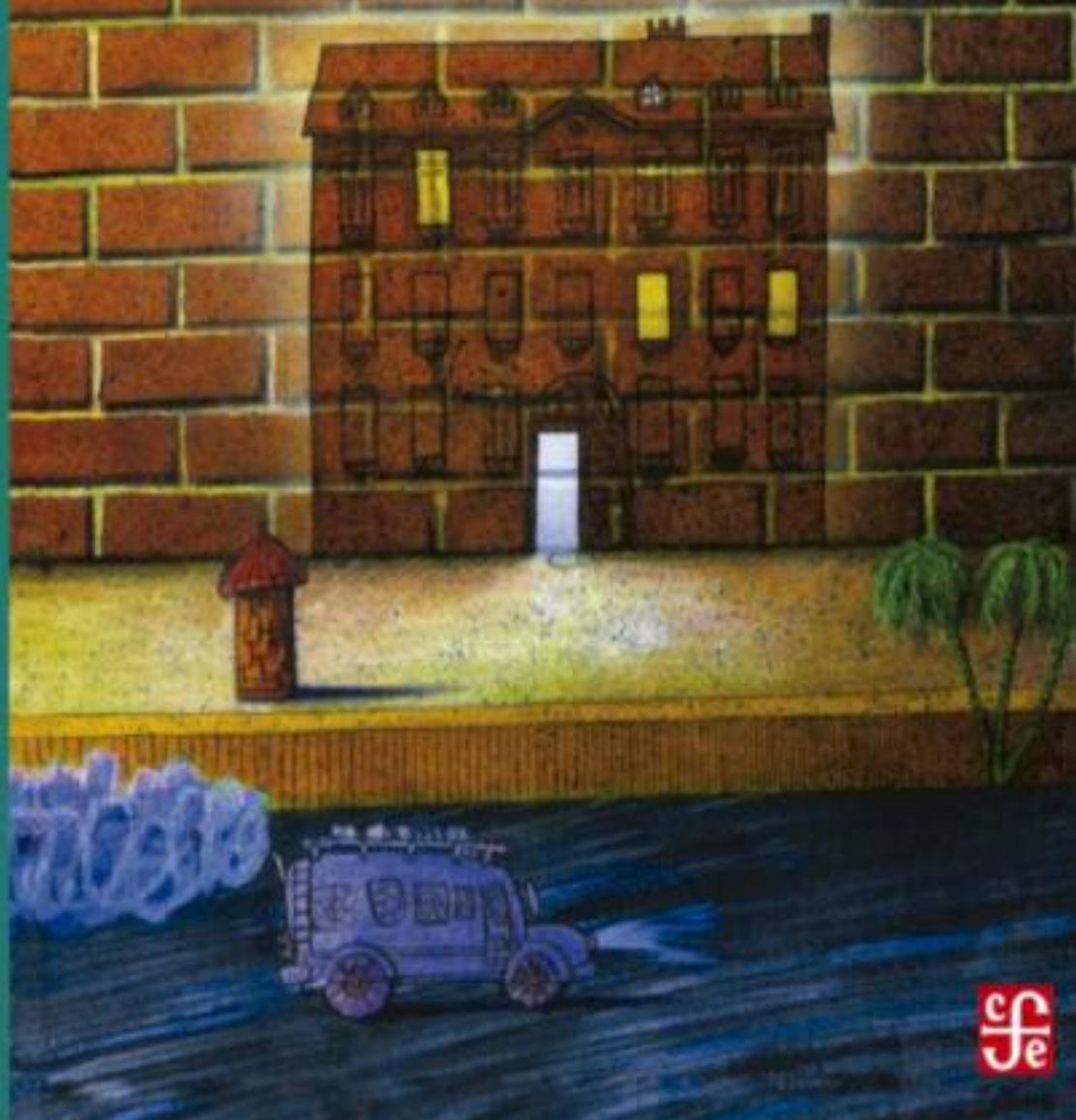


PILAR MATEOS
ILUSTRADO POR MAURICIO GÓMEZ MORÍN

LA CASA IMAGINARIA



LA CASA *imaginaria*

PILAR MATEOS



ilustrado por
Mauricio Gómez Morin

 FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Primera edición, 1994
Decimotercera reimpresión, 2013
Primera edición electrónica, 2017

D. R. © 1994, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



www.fondodeculturaeconomica.com

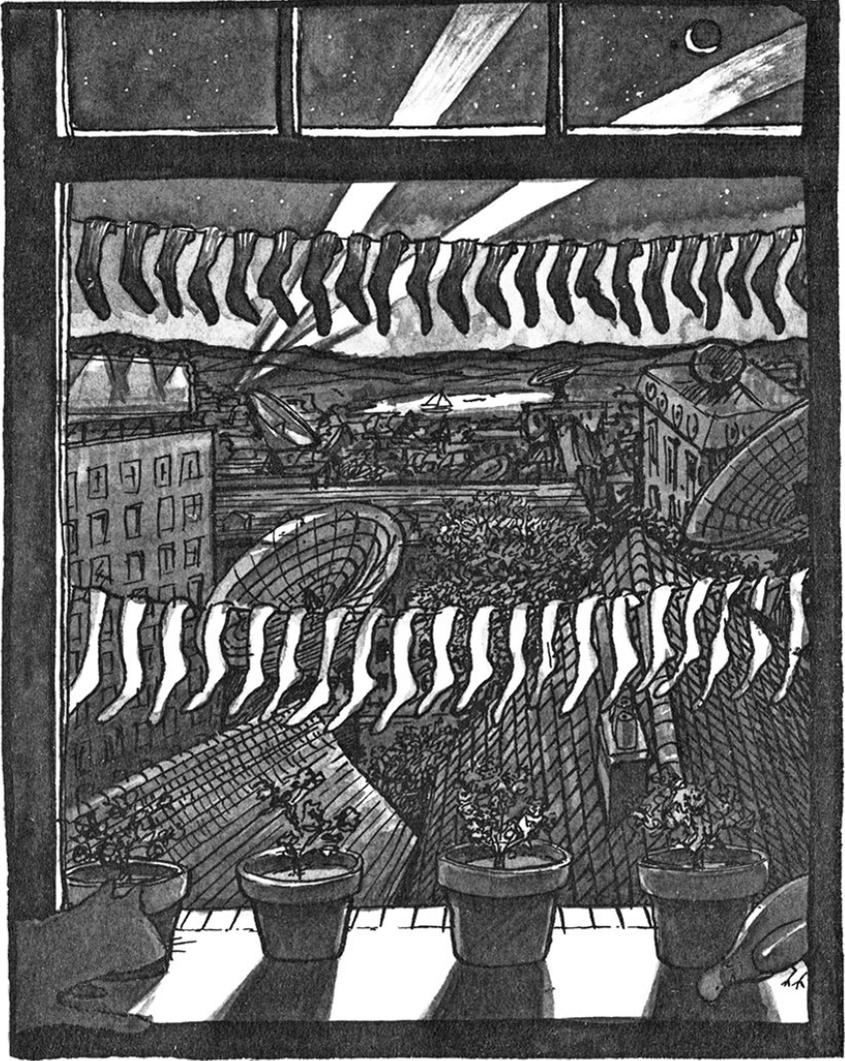
Editor: Daniel Goldin
Diseño: Joaquín Sierra Escalante, sobre una maqueta original de Juan Arroyo
Diseño de portada: Joaquín Sierra Escalante
Dirección artística: Mauricio Gómez Morin

Comentarios y sugerencias:
librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55)5449-1871

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-5019-1 (ePub)

Hecho en México - *Made in Mexico*



Capítulo 1

Yo vivo en la buhardilla de un edificio muy especial que da al parque del Retiro, y desde mi ventana, por una pendiente de tejados rojos y antenas parabólicas, se divisan las copas entrelazadas de los árboles, el brillo del lago donde montamos en barca y las luces del rayo láser que se proyecta de noche en el cielo cuando está abierta la discoteca.

Vine a instalarme en secreto a finales del verano, y no hay mucha gente que conozca la existencia de este refugio. Todo el mundo supone que vivo en una casa normal, con el frigorífico lleno de tarritos de yogur, y docenas de calcetines deportivos puestos a secar en el tendedero del patio; que mi madre me obliga a cepillarme los dientes, como corresponde a una niña de mi edad, y me prepara el desayuno antes de llevarme al colegio: leche tibia con miel, algo de fruta y una buena ración de cereales.

Pero yo nunca desayuno leche con miel. Un día tomo fresas y manzanas, otro caramelos de naranja y otro rosquillas. Según lo que me encuentre en la nevera cuando me levanto. Luego me voy a clase y nadie sabe de dónde vengo. Un día me he duchado y me he puesto la camiseta limpia y otro no. Un día he aprendido la lección de historia y otro no. Ésa es la ventaja de vivir en una casa como la mía. Puedes hacer lo que se te antoje. Y nadie te obliga a apagar la luz a la hora de dormir, ni a cerrar los balcones cada vez que hay tormenta.

Por eso prefiero pasar las tardes aquí, en vez de reunirme con mis amigos a ver grabaciones de video. Tampoco suelo asistir a las fiestas de cumpleaños; unas veces porque no me invitan y otras porque no tengo muchos amigos, ésa es la verdad. Hasta que apareció Valentina nunca había ido al cumpleaños de nadie. El año pasado ni siquiera estuve en el mío.

Valentina nos llamó la atención cuando llegó al colegio porque es negra y en mi colegio no había alumnos negros; además era mucho más alta que cualquiera de nosotros. Llevaba el pelo re-

cogido en una trenza que le colgaba hasta la cintura. Y el primer día se dedicó a esquivar los tirones de los chicos más torpes con una habilidad que le granjeó la simpatía de toda la clase. No se enfrentó con ellos directamente. Se puso a hablarles de futbol y motociclismo, y se inventó que era amiga de ese campeón que sale en todos los periódicos. Ninguno consiguió tirarle del pelo y todos se quedaron tan contentos.

—Ésta sí que es una chica con la que se puede hablar —comentaron—, no como Claudia.

Y es que yo enseguida me pongo furiosa porque no aguanto las injusticias. “Claudia es una antipática”, dicen.

Valentina, sin embargo, no parecía compartir esa opinión. Me prestaba su lapicero cuando yo olvidaba el mío en la vivienda secreta. Y me daba la mitad de su bocadillo si esa mañana, al abrir la nevera, no había encontrado nada para llevarme en la mochila, que a veces pasa. Y un día que me echaron de clase por protestar por las injusticias me defendió en voz alta delante del profesor. Ningún otro compañero se hubiera atrevido a hacerlo.

Todo esto, Valentina lo hacía discretamente, sin darse importancia. Y de no haber sido porque la felicitó la profesora, nadie se hubiera enterado de que era la que mejor dibujaba de la clase, después de mí.

No hay ninguna razón para que oculte que mis dibujos son bastante buenos. Lo que mejor me sale son los autobuses y los quioscos de periódicos.

A Valentina, en cambio, se le da muy bien el dibujo lineal.

—No tiene mucho mérito —dijo—, porque mi padre es pintor.

Zacarías Clemente, el que lanza unos silbidos que hacen tiritar los muebles, tiene un padre detective. Hay otro padre que es domador de osos, pero ya se ha jubilado. Los demás son comunes y corrientes. Algunos ganan cantidades fabulosas de dinero y procuran por todos los medios que se les note. En cualquier caso, el padre de Valentina es el único pintor.

—¿Y qué pinta? —le pregunté.

—Figuras —me dijo—; gente de la ciudad. Mi padre es tan joven que a menudo lo toman por otro hermano. Pero ya ha recorrido el mundo entero con los pinceles en el bolsillo.

No sé por qué, en vez de imaginármelo recorriendo el mundo con los pinceles en el bolsillo, me lo imaginé en un primer plano

en la pantalla de televisión.

—¿Es famoso?

—No.

Me defraudó. A los del colegio nos gustan los personajes famosos. Nos echamos encima de ellos a empujones para verlos de cerca. Les pedimos autógrafos. Y algunas veces nos enteramos de lo que hacen. A mí, además, me gustan los cuadros.

—¿Quieres verlos? —ofreció Valentina.

A la salida de clase nos metimos por una calle con bulevar, casi a espaldas de mi buhardilla. Doblamos unas cuantas esquinas y llegamos a un edificio antiguo que tenía en la fachada un sinnúmero de balconillos menudos, sostenidos por un cuenco en forma de caracola. Y con multitud de flores enredándose en las rejas.

La propia Valentina abrió el portal con su llave después de llamar al timbre.

—No hay nadie —dijo.

Me extrañó que, en lugar de tomar el ascensor, nos dirigiéramos hacia el sótano por la escalera interior. Un pintor necesita la luz del día para trabajar. Había colchones tendidos por todas partes; una cocina eléctrica y una cesta con huevos; algunos cacharros apilados y un viejo fregadero en un rincón. Pero estas cosas las vi más tarde. Al principio sólo me fijé en los colchones.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Cinco.

Recordé a otra niña negra del jardín de niños y a un chico de un curso superior. Miré por todo el recinto buscando cuadros fulgurantes; los colores vivos de las calles de la ciudad; las figuras variopintas que el padre de Valentina había captado en sus recorridos por el mundo. Y ella lo sacó de debajo de una cama. Una pintura áspera y sombría que sugería una selva intrincada, con alimañas al acecho.

—Aquí están todos —dijo.

—¿Todos?

La miré sin comprender. Apoyó el cuadro contra la pared y se sentó en el borde del colchón.

—No tiene dinero para comprar lienzos —me explicó—, así que pinta sus cuadros unos encima de otros.

—¿Unos encima de otros?

Por nada del mundo hubiera echado yo a perder el apunte que hice del estanque del Retiro. Por nada del mundo hubiera emborronado el dibujo de la feria del libro, con la gente haciendo cola en el puesto para conseguir un autógrafo de Ángeles Mastretta.

No pudimos hablar mucho. Enseguida llegaron sus hermanos y ya no nos dejaron tranquilas.

Al día siguiente Valentina no fue al colegio. El sábado y el domingo me los pasé, como de costumbre, en la casa imaginaria, donde siempre tengo mucho que hacer. Por la ventana del cuarto de estar se puede salir al tejado; allí doy de comer a los gatos y a las palomas, en turnos separados, y he puesto unas macetas con geranios colgantes de flores blancas.

El interior no es gran cosa. Mi dormitorio está en la zona donde las vigas descienden hasta tocar el suelo. La cama es de mimbre, coloreada en verde, y el armario tiene tantos cajones que nunca me ha dado tiempo de ordenarlos todos. En lo alto del techo hay una claraboya por donde se ve el cielo y el agua discurre como una torrentera en los días de lluvia.

Lo que resulta más curioso es la puerta de madera que se encuentra al fondo, pasando el recoveco donde guardo el telescopio; la única puerta que hay en la casa. He tratado de abrirla más de una vez, pero está cerrada con llave y yo no la tengo. En los ratos perdidos me dedico a mirar por el ojo de la cerradura. Y da la sensación de que al otro lado no hay más que telarañas y trastos viejos. Al comienzo de la primavera se notaba un fuerte olor a aceite de linaza. En otras ocasiones, no se sabe por qué, huele a una mezcla de insecticida y yerbabuena, como el gel que utilizaba para bañar a mi perro.

Ese olor llegó a intrigarme de tal modo que se me ocurrió la idea de forzar la cerradura. Y, como en este tipo de casas no suele haber herramientas, bajé a comprar un destornillador. En cuanto salí a la calle me di cuenta de que era domingo y en las tiendas no trabajaban. Entonces eché a andar hacia el parque del Retiro, sin sospechar, ni por un momento, que iba a reunirme tan pronto con el padre de Valentina.



Allí fue donde lo encontré. En la plazuela que está junto al estanque; entre los pintores que trazan sus dibujos directamente sobre el asfalto; en medio del bullicio de los músicos y de los bailarines enmascarados que improvisan piruetas en rojo y blanco.

Lo reconocí nada más verlo. Y era verdad que tenía el aspecto de un chico terco y desaliñado. Él no había pintado en el suelo las figuras amables que atraían la atención de la gente, los rostros plácidos de las vírgenes y los ángeles rubios, sino que exhibía un único lienzo donde la luz se abría paso a zarpazos entre la espesura de una selva inquietante. Y eran muy pocos los que se detenían a contemplarlo. Un hombre flaco, de labios apretados, mostraba cierto interés en adquirirlo, pero encontraba el precio desmesurado.

—Es toda mi obra la que está en venta —le explicaba el pintor—. Se lleva usted el *Retrato de Valentina*, el de *Los niños en la playa* y el de *La mujer dormida al pie del abedul*.

Todavía enumeró algunos más, y los que lo rodeaban empezaron a tomarlo por loco, porque oían hablar de muchos cuadros y no veían más que uno.

—¿Dónde está el *Retrato de Valentina*?

—Debajo de éste.

Un niño fue corriendo a mirar detrás del cuadro.

—¿Y el de *La mujer dormida al pie del abedul*?

—Lo pinté encima de *La mañana del domingo*.

De los que estábamos allí, el niño era el más perplejo; algún otro se reía abiertamente queriendo hacernos partícipes de la burla. El comprador meneó la cabeza y no supe si aquel gesto denotaba desprecio o compasión. Iba a alejarse, pero una nueva mirada al cuadro de la selva lo retuvo en el sitio.

—Yo sólo quiero comprar este cuadro —insistió—. Ninguno más. Éste es el único que quiero.

—Van todos juntos —dijo el pintor.

El hombre flaco perdió la paciencia con él y tachó de locura su pretensión de vender unos cuadros que nadie tendría ocasión de admirar, que, tal vez, nunca hubieran existido. Sin decir palabra, el pintor se puso el lienzo bajo el brazo y echó a andar entre los jardines.

Nuestro pequeño grupo se deshizo entre comentarios burlescos. Yo no me moví. Me hubiera gustado quedarme con el cuadro; colgar en la casa imaginaria, y en tan pequeño espacio, tantas pinturas misteriosas. Nadie podría decirme que no eran buenas. Pero yo no tenía dinero para comprarlo, y los demás no parecían dispuestos a invertir el suyo en cuadros invisibles, por hermosos que fueran. Qué hombre obstinado. Lo vi alejarse por el sendero, con pisadas laboriosas, y dar la vuelta al fondo para desandar camino. Su aspecto era, más que nunca, el de un muchacho afligido y sin porvenir.



Una semana más tarde, Valentina me contó, en el colegio, que su padre había dejado definitivamente de pintar. Se había dado por vencido después de deambular por el parque, día tras día, sin haber conseguido vender ni uno solo de sus cuadros; ni *La mujer dormida al pie del abedul*, ni el de *Valentina estudiando su lección*, ni *La mañana del domingo*. Ninguno. De modo que había empeñado su caballete y había empezado a trabajar como vigilante nocturno en un edificio que están construyendo en la calle del Pez Volador.

Y ocurría algo extraño. A pesar de que ahora disponían de dinero para comprar mandarinas y verduras congeladas, todos los miembros de la familia habían sufrido una penosa transformación. De alegres que eran, y solidarios, se habían convertido en

unos seres taciturnos y desconsiderados. En el sótano de la casa de cien balcones ya nadie coreaba los viejos cantares traídos a través del océano desde su remoto país; apenas conversaban, porque el mundo se había vuelto tan espinoso que el roce de una palabra bastaba para arañarles la piel. Cegado por las imágenes que se le agolpaban en los ojos, su padre no había vuelto a dirigirles la mirada.

Fue entonces cuando le hablé a Valentina de la casa imaginaria y le di el nombre de la calle y el número donde se encuentra.

Ella me escuchaba boquiabierta, porque no se había figurado que se pudiera vivir en una casa imaginaria, donde los padres no están peleándose a toda hora y los hermanos mayores no se ponen furiosos porque se te haya ocurrido tomar prestado el helado de chocolate que tenían guardado en el congelador.

—¿Tampoco se reciben las calificaciones del colegio?

—Desde luego que no. Ni es necesario que ordenes tu habitación, porque, en cualquier caso, nunca te da tiempo de abrir todos los cajones del armario, aunque te pases la tarde entera sin hacer nada.

En las buhardillas como la mía suele vivir una niña solitaria que da de comer a los gatos del tejado. Y aunque son una multitud, ella los conoce a todos por sus nombres; incluso a cada uno de los cuatro rojitos que salieron idénticos de la misma camada.

—¿Y yo podré ir a tu casa?

—Ya veremos —dije—. Lo pensaré.



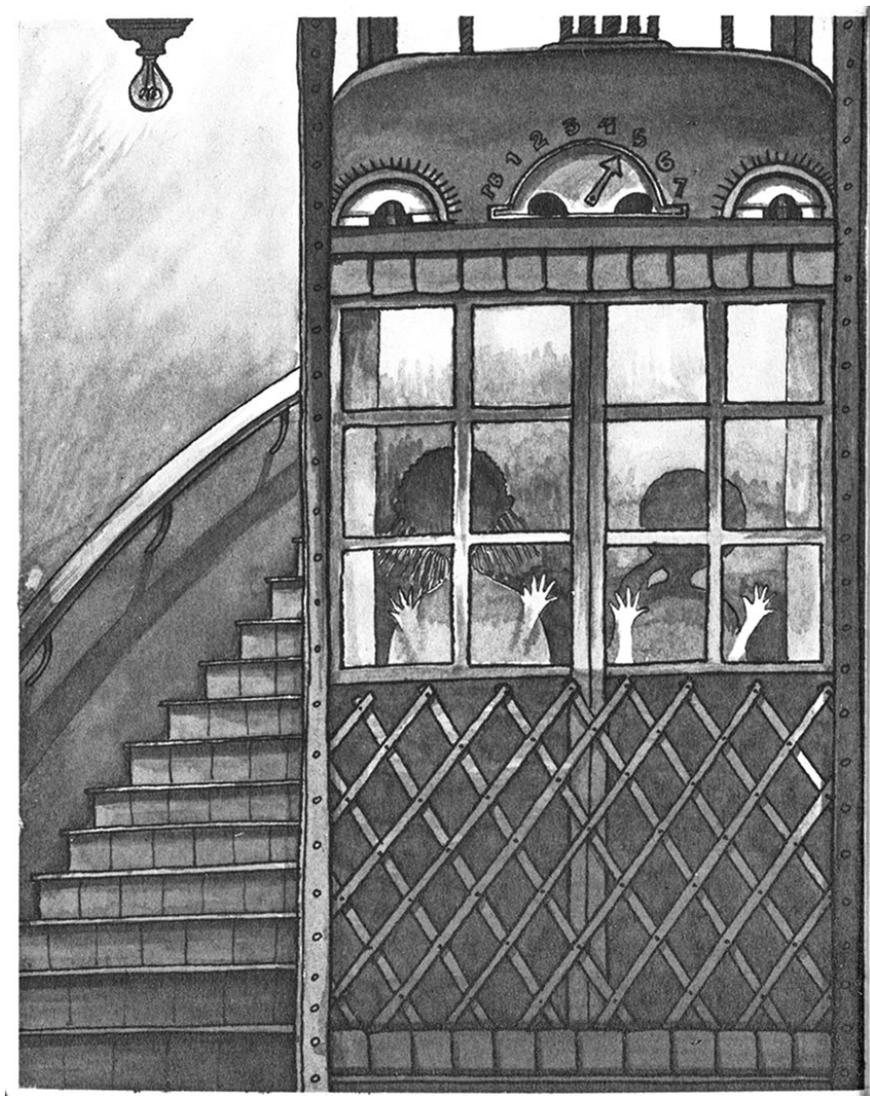
Capítulo 2

Fue la propia Valentina quien tomó la decisión de venir a casa un viernes por la tarde, cuando salíamos del colegio bajo una lluvia menuda y confidencial. Y yo no había notado que ese día parecía más triste que de costumbre.

—Hoy no es un día cualquiera —me dijo—. Invítame a tu casa.

Me quedé mirando a dos chicos del grupo, Zacarías Clemente y el del padre domador, que se habían puesto a jugar en la acera ante la expectación de los transeúntes. Y aproveché la juerga que se traían para cambiar la conversación.

En las casas imaginarias no se acostumbra recibir amigos. No están preparadas como las otras. Ni siquiera tengo un televisor para pasar el rato y sólo hay una mecedora donde me siento yo. Además es frecuente que el ascensor se estropee y haya que subir los siete pisos andando. Y lo peor es cuando te quedas atrapada entre el tercero y el cuarto, mientras los gatos se comen los geranios colgantes, se mezclan con el turno de las palomas y te echan a perder, en un minuto, el equilibrio ecológico del tejado.



—Invítame —insistió Valentina—. Hoy es mi doblecumpleaños.

Ella dijo doblecumpleaños, pero yo entendí cumpleaños, simplemente, por esa manía de escuchar sólo a medias. Me di cuenta, en cambio, de que estaba atribuyéndose más edad de la que tenía.

—¿Cuántos dices que cumples?